

amiga española y yo decidimos cruzar hacia Berlín Oriental, para echar un vistazo a ese otro mundo vedado por las reglas invisibles de la guerra fría. Decidimos hacer la visita en autobús, lo que supone un *tour* con dos o tres paradas prefijadas, después de cruzar el muro tristemente célebre por el mentado Checkpoint Charlie, que los lectores de *Le Carré* deben recordar. Llevamos nuestros pasaportes, pagamos nuestros pasajes y el autobús se pone en marcha.

El muro es más bajo de lo que imaginaba, o por lo menos lo es en la zona donde lo atravesamos; su trazado es caprichoso y corresponde a diversas épocas y necesidades; a veces divide lo que parece haber sido una sola vecindad. Más me impresionan las crucetas de acero sembradas en las cercanías del Checkpoint para señalar un terreno de seguridad: aquí estamos todavía en guerra y Berlín, tras sus luces modernas y su adelanto visible en muchos aspectos, es de todos modos una ciudad ocupada por ejércitos extranjeros y recelosos entre ellos. El autobús se dirige hacia un costado, buscando una desierta zona de estacionamiento. La desolación y la grisura son opresivas; el calor no lo hace mejor, pero me imagino que en medio del invierno, este lugar debe ser un lugar terrible. Al fondo, vemos una pequeña caseta de material provisional, con unas coquetas y domésticas cortinas blancas; allí dentro deben vivir los guardias, quizá con sus familias. Uno de ellos sale, lentamente, mientras se enjuga el sudor bajo la gorra. Sube a nuestro vehículo y con gran parsimonia —el tiempo se ha congelado y eso es parte del sistema: impone una autoridad abstracta, impersonal e inapellable— va revisando nuestros pasaportes, confrontando la cara con la foto. Luego el guardia se los lleva a la caseta; vuelve con la misma lentitud y los devuelve: hemos sido aprobados. Reemprendemos la marcha y terminamos de cruzar esa tierra de nadie. Justo al llegar al otro lado, el autobús se detiene y recoge a nuestra guía: una robusta alemana con uniforme un poco militarizado y un inglés con fuerte acento germánico.

La visita comienza. La guía nos va señalando los puntos de interés, con pequeños recuentos históricos y mucha propaganda cuando se trata de estadísticas de sueldos o de viviendas para

obreros. Berlín Oriental luce más antiguo que el Occidental y tiene hermosos edificios y plazas que han sobrevivido los embates del tiempo y las guerras. Me habría gustado caminar cerca de la Puerta de Brandenburgo, pero me contento con apreciarla a la distancia. La diferencia más visible entre el estilo de vida que uno encuentra en la calle de una y otra ciudad, es que aquí el tránsito es más fluido y que los autos parecen sacados de una película de postguerra: no son viejos, pero sí modestos y monótonos. La gente se ha volcado a las plazas huyendo del calor y hay un aire festivo. Hacemos la primera parada ritual: significativamente, descendemos en un inmenso cementerio de soldados soviéticos, víctimas de los últimos días de resistencia en Berlín. La guía se complace en mostrarnos las horribles esculturas fúnebres que lo decoran: el viejo soldado, el joven soldado y "the Weeping Mother". La ampulosidad de los monumentos es totalmente operática y los gestos son marcadamente religiosos, aunque la intención sea fielmente leninista. La siguiente parada es para descansar y la última es para visitar el Pergamon Museum, famoso por sus piezas babilónicas y asirias. El contenido es invaluable, pero su disposición y la instalación del museo son anticuadas, casi escolares. Caminamos un poco, tomamos fotos, hacemos bromas para quebrar la rigidez del *tour*.

El regreso es una repetición monótona de la ida. Observo que mientras revisan otra vez nuestros pasaportes, un guardia repasa la parte inferior del ómnibus con grandes espejos. El compartimento de equipaje parece, además, interesarles mucho. La agobiante ceremonia concluye y provoca en mí una breve reflexión sobre la hipocresía y la vileza de la política que impone su garra sobre ciudades y hombres en cualquier latitud. Que se trate de palestinos, afganos, polacos o berlineses no hace mucha diferencia: hay ciudades cautivas por las que podemos pasear sin darnos cuenta de su verdadera situación. El muro cumple un papel: nos recuerda que los paraísos de las doctrinas son avernos de cemento a los que se puede condenar a pueblos enteros por tiempo indefinido —una eternidad con fachadas de mentiras. Nuestro Festival, que trataba de romper otros muros, no debió ignorar este tema, inescapable para

cualquier intelectual contemporáneo. La fealdad de nuestro mundo es sobre todo moral.

José Miguel Oviedo

Los Angeles, julio 1982

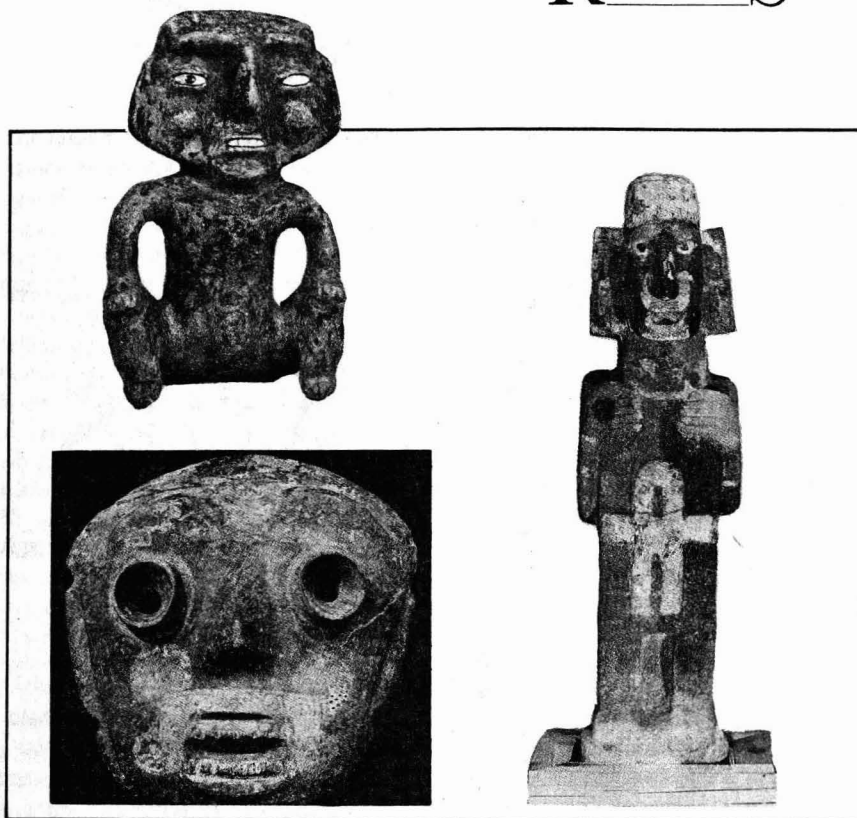
DE ARTES PLASTICAS

LOS ROSTROS ANTIGUOS

(Una visita a la exposición del Templo Mayor en el Museo Nacional de Antropología)

Una vez más los viejos dioses están presentes. Los rostros antiguos vuelven, con mirada de siglos, a observarnos a quienes los vemos absortos. Aquí están otra vez con la vírgula de la palabra invisible en la boca. Vuelve a establecerse el diálogo interrumpido cuatrocientos años atrás (cuatrocientos en náhuatl quiere decir *innumerables*). Otra vez están frente a frente el tiempo ido y el tiempo reconquistado. Aquí y allá se levantan figuras cuyos ojos huecos de tiempo nos miran asombrados. Es el tiempo roto...

Hagamos un recorrido por esta galería de rostros. Aquí vemos las máscaras del sur, del actual estado de Guerrero, de la zona de Mezcala. Son de una gran sencillez y a la vez muy diferentes unas de otras. Las hay con las cuencas de los ojos saltones y otras en que los rasgos de la cara si acaso están esbozados. Hay figuras de cuerpo entero, una de ellas con las piernas abiertas, en una posición que se nos antoja lúbrica, y en donde los genitales apenas se advierten. Son, en fin, máscaras y figuras de áreas tributarias, sojuzgadas por el mexicana expansionista. Su presencia en el Templo Mayor es muestra evidente del pueblo vencido. Son rostros doblegados y sujetos. En alguna ocasión el mexicana se percató de que algunos pueblos del sur se rebelaban negándose a pagar el tributo impuesto. Fue en el reinado de Ahuizotl. Su suerte quedó sellada:



(Fotografías de Salvador Guiliem.)

los ejércitos del Tlatoani (el que habla, el que tiene el poder de la palabra) marcharon y asolaron totalmente a las tres poblaciones rebeldes, Alahuiztlan, Oztuma y Teloloapan. Dice la crónica de Durán al referirse a las dos primeras:

“...mandó el rey fuesen del todo destruídas y desoladas aquellas dos ciudades, sin que quedase hombre ni mujer a vida, sino que todos fuesen metidos a cuchillo, excepto los niños, a los cuales mandó el rey fuesen cautivos a la ciudad de México, y que viejo ni vieja no quedase ninguno que no muriese...” (Durán, 1951)

Nada quedó, con excepción del rostro de la muerte...

Pero sigamos nuestro recorrido. Aquí están los venados y dardos de alabastro. Su presencia nos recuerda el área del Estado de Puebla, donde abundan estos materiales. La delicadeza con que están hechos son fiel exponente del artista que los creó. También están presentes las ollas policromadas que posiblemente provienen de la mixteca. Una de ellas representa a Tláloc, el dios del agua, con los típicos atributos de esta deidad. La otra, magníficamente policromada, nos muestra una diosa que tal vez guarda relación con el agua.

Veamos ahora qué nos da el arte mexica. Aquí y allá asoman sus rostros y en algunos casos nos recuerdan el preámbulo de la muerte. Es la presencia de los dioses viejos, de ancianos sentados con su boca desdentada. Son los Xiuhtecutli o dioses viejos y del fuego. En no pocas ocasiones ellos presiden las ofrendas. Simbolizan el centro del mundo y también del hogar. Es, por cierto, la representación de uno de estos dioses la más antigua que se conoce en el altiplano. Proviene de Cuicuilco, lugar que, paradójicamente, fue destruído por el fuego y la lava del Xitle.

Muy cerca del conjunto de ancianos dioses está una pieza de madera que remata en un cráneo. La humedad en que estuvo durante siglos la afectó, y es así como se nos insinúa semidescarnada, corroída por el tiempo. Otro rostro que vemos —y nos ve— es el de la máscara blanca de alabastro con incrustaciones para imitar ojos y dientes. Cerca de él tenemos el caracol en piedra, símbolo de la fertilidad, asociado directamente al agua, a Tláloc. Varias figuras de los llamados portaestandartes también están presentes. Visten un sencillo maxtlatl (taparrabos) y en sus manos empuñadas debieron tener algún elemento que el tiempo destruyó. Hemos llegado a pensar que en realidad estas figuras representan a los centzohuiznahua (los cuatrocientos sureños) contra

los que combate Huitzilopochtli en el cerro de Coatepec. Algunos de ellos tenían en el pecho una oquedad y en su interior cuentas de piedra verde que representan el corazón, devorado por el iracundo dios en su singular combate. Después seguirá devorando corazones de los enemigos que le son sacrificados, apoderándose de su anecuyotl (su destino), a través del sacrificio repetido constantemente en el Templo Mayor de Tenochtitlan.

Y así llegamos al final, para ver el rostro de la vida... y de la muerte: el Caballero Aguila. Vida para el mexica que a través de la guerra conseguía el tributo necesario para el sostenimiento de Tenochtitlan, y muerte para los pueblos conquistados. Está coronado con la enorme cabeza de águila de cuyo pico entreabierto emerge, prepotente, el rostro del guerrero. Soldado fiero, creyó que con sus escudos y sus flechas sostendría a Tenochtitlan. Sin embargo, la tierra lo cubrió todo. De sus heridas volvieron a surgir los rostros antiguos. —¡Déjanos salir!... y allí están, viendo pasar el testimonio de los siglos...

Escuchemos el canto del guerrero que se negó a morir:

Desde donde se posan las águilas,
desde donde se yerguen los tigres,
el sol es invocado.

Como un escudo que baja,
así se va poniendo el sol,
en México está cayendo la noche,
la guerra merodea por todas partes,
¡oh, dador de la vida!

Se acerca la guerra.

Orgullosa de sí misma

se levanta la ciudad de México-Tenochtitlan.

Aquí nadie teme la muerte en la guerra.

Está es nuestra gloria.

Este es tu mandato.

¡Oh, dador de la vida!

Tenedlo presente, oh príncipes, no lo olvidéis.

¿Quién podrá sitiar a Tenochtitlan?

¿Quién podrá conmover los cimientos del cielo...?

Con nuestras flechas, con nuestros escudos,

está existiendo la ciudad,

¡México-Tenochtitlan subsiste!

Eduardo Matos Moctezuma